

## **PALABRAS DEL RECTOR GENERAL, CON OCASIÓN DE LOS GRADOS DE ESTUDIANTES**

Convocados y congregados como comunidad universitaria, nos reunimos en este día para celebrar una etapa más que se alcanza, entre las muchas, que la vida misma nos depara. Son muchos los sentimientos encontrados, las vivencias recordadas, las metas que en otro momento fueron desafío y ahora son etapas superadas. Es, por lo tanto natural, que afloren desde lo más íntimo de nuestras almas sueños, ilusiones y esperanzas... porque si algo se ha aprendido, es que el esfuerzo, la tenacidad y la lucha cotidiana forjan hombres y mujeres que ante los obstáculos que la vida ofrece, no se intimidan, más bien se lanzan, conscientes de la capacidad y potencial que residen en el interior humano.

En este día queremos dar final a una etapa pero a la vez queremos inaugurar un nuevo comienzo. Con esta celebración damos final a lo que han sido dos semestres de formación, orientación y educación en un área del conocimiento humano, con ella damos fe del cumplimiento de una serie de objetivos y principios, damos por hecho que cada uno está acreditado para ejercer la carrera, para desempeñarse como especialista, para ingresar a la vida social y productiva con este título que lo acredita no sólo como persona competente y capacitada, sino también, como especialista honesto, ciudadano crítico, creyente comprometido; y de este modo poder asumir una serie de funciones y responsabilidades para las cuales la institución lo ha ido formando y preparando.

Lo que nos habíamos propuesto, desde nuestra visión institucional: “...*Potenciar la formación y el desarrollo de seres humanos integrales, con conciencia civilista, autonomía intelectual e investigativa, pioneros y comprometidos, tolerantes, en búsqueda de la dignidad, la calidad de vida y la trascendencia*”, no es algo que se alcanza simplemente por medio de cursos o contenidos, ello es la exigencia continua que cada uno debe asumir como principios en su propia vida y no solo debe asumírselos, sino incluso vivirlos y defenderlos frente a los muchos pseudo principios que continuamente el mundo ofrece.

Es el final de un proceso formativo, pero paradójicamente todo final comporta a la vez un nuevo comienzo, es como si se estuviera supeditado al continuo devenir histórico, un terminar para volver a empezar, un llegar para reiniciar el camino; y es precisamente la contraparte de esto que hoy celebramos: egresan de la universidad como profesionales, como especialistas en una disciplina, con un saber y un método específico pero salen al mundo productivo para iniciar una nueva etapa de la vida.

Durante el año han descubierto lo que significa aprender por sí mismos, han escuchado una serie de ideas y principios, han vivenciado una serie de experiencias y enseñanzas, pero sobre todo han aprendido a percibir el saber, a aproximarse al conocimiento y a reinterpretar la experiencia desde una dimensión distinta. Han asumido el reto de integrar en sus vidas elementos que antes

resultaban ajenos y extraños, han aprendido que un saber sin alma no deja de ser un cúmulo de ideas muertas; que una vida sin principios no deja de ser vacía y sin sentido. Han aprendido a integrar fe y razón, espíritu y ciencia, contenido y vida.

Hoy inicia el camino en el cual no solo pondrán en práctica lo que dentro de este claustro universitario han cultivado como conocimientos, hoy inician a vivenciar aquellos principios a los cuales la Institución le ha apostado: ética, solidaridad, participación, autogestión, justicia social, convivencia armónica.

La Funlam no solo ha querido educar excelentes especialistas, hemos deseado formar seres humanos permeados por una gran sensibilidad y responsabilidad social, con una robusta y firme conciencia ética. Hemos querido incidir en la formación con espíritu solidario, preocupados por la construcción de un mundo mejor, especialistas comprometidos en la promoción de unas relaciones humanas y sociales más equitativas y justas, pacíficas y fraternales, no simplemente especialistas que hacen de sus conocimientos y experiencias un medio para ganarse la vida, para ascender de posición social, para obtener poder, prestigio, beneficios.

Ha sido nuestro compromiso formar personas íntegras; hombres, mujeres que han descubierto la importancia de ser gestores de una humanidad nueva, que desde su ejercicio especialista en un saber específico contribuyen en la erradicación de estructuras injustas; especialistas comprometidos en transformar ámbitos y espacios que generan miseria, exclusión y desigualdad.

Desde nuestros procesos formativos le hemos apostado a formar hombres y mujeres profundamente comprometidos con la suerte de sus semejantes, en particular del más carente y desposeído, hombres y mujeres que tienen claro que el peor de todos los males es la miseria que nace de la injusticia humana, pero sin olvidar que no basta con una simple transformación de las condiciones sociales y económicas, pues el hombre no es simplemente fruto de estas dimensiones. El hombre, la humanidad, no se curan sólo desde fuera. (Spe Salvi, 21), la transformación social exige hombres y mujeres que han hallado en Dios la gracia y la fuerza capaz de transformarlos desde dentro y constituirlos en testimonio de lo que es y significa ser criatura nueva.

Hemos formado hombres y mujeres inmersos en el conocimiento, y no un conocimiento como el cúmulo de ideas o conceptos. Nuestra formación ha sido un proceso en el cual cada uno ha adquirido las destrezas y competencias para comprender el mundo y comprenderse a sí mismo y desde esta comprensión ser capaces de descubrir que en muchas ocasiones el mundo no marcha como debiera, que nuestra sociedad cada vez está más lejos de ser una verdadera sociedad humana, que construir un mundo, una historia, una vida sin Dios nos está llevando a un estado en el que hombre preso de sus instintos y pasiones sucumbe a la constante tentación de erigirse como dios y señor, tanto de sí mismo, como de aquellos que comparten su existencia.

Desde nuestra formación integral ha sido nuestro compromiso formar en y para la libertad, pero sin olvidar que la libertad es siempre libertad, incluso para el mal, y que una libertad que excluye su dimensión de trascendencia y alteridad, de compromiso y de servicio, termina siendo en últimas tiranía y esclavitud.

La identidad humanista y cristiana de nuestra formación, planteada desde la misión y la visión, se ha constituido en la base sobre la cual desarrollamos todos nuestros procesos formativos, esto porque tenemos claro que el conocimiento que genera progreso en manos equivocadas, puede convertirse, y se ha convertido de hecho, en un progreso terrible en el mal. Si el progreso científico, tecnológico o técnico no se corresponde con un progreso en la formación de la conciencia ética del hombre, con el crecimiento del hombre interior (cf. *Ef 3,16*; *2 Co 4,16*), no es un progreso sino una amenaza para el hombre y para el mundo (cf. *Spe Salvi 22*), por esto hemos querido despertar en ustedes unos principios éticos enmarcados y enraizados profundamente en la fe y en las dinámicas eclesiales; no una ética cualquiera, reducida muchas veces a formulismos o principios que ni siquiera logran trascender a la vida cotidiana.

La ética de Luis Amigó se inspira en la fe cristiana, dimensión que indudablemente contribuirá a asumir los retos de un nuevo orden social pero desde la perspectiva del evangelio. Y es que encontrarse con Jesús, obliga a quien ha tenido este encuentro a identificarse con su modo práctico de ser y proceder, de pensar, de sentir y de vivir. Un Especialista amigoniano que no encarna en su vida las actitudes del Jesús testimoniado en el evangelio ha traicionado los cimientos de nuestro proyecto educativo institucional y por ende pasa a ser un especialista cualquiera, sin identidad, un erudito sin espíritu, un experto sin alma.

La realidad del mundo actual y en particular la realidad de nuestro contexto local y nacional nos obliga a saber descubrir y desentrañar los tejidos de maldad que han hilvanado nuestra historia particular, unos tejidos marcados por la violencia, por la explotación, la carencia de condiciones de una vida digna, falta de equidad y solidaridad, de oportunidades. Como especialistas entramos a formar parte de una minoría privilegiada y por ello nuestro compromiso debe ser mayor, “a quien mucho se le dio mucho se le exigirá”, nos recuerda constantemente el evangelio.

Nuestro ejercicio laboral debe encarnarse en la solidaridad, y no una solidaridad como el simple acto de dar aquello que nos sobra o no nos hace falta, Nuestro servicio debe impulsar una solidaridad donde el darse, el entregarse para que otros sean, es la característica que predomina. El egresado amigoniano ha asumido como norte para su existencia, el dar la vida para que otros vivan.

Han sido múltiples los esfuerzos en hacer que el proceso formativo no solo llene sus cerebros de contenidos, aprendizajes o destrezas profesionales, nuestro interés ha estado centrado en formar excelentes especialistas con un claro sentido humanista y cristiano de la existencia, hombres y mujeres que participando de este carisma amigoniano sean capaces de descubrir en el evangelio la fuerza capaz de transformar la realidad social en algo más parecido y cercano a lo que

los hombres de fe han dado en llamar Reino de Dios, que no es otra cosa que Dios mismo reinando en el corazón humano.

Todo nuestro interés ha sido inculcar en ustedes una forma diferente y radicalmente opuesta a lo que un mundo mercantilista se exige, producción, consumo, tener, poder, placer, prestigio. Nosotros por nuestra parte le hemos apostado a formar hombres y mujeres sensibles, solidarios, generosos. Hombres y mujeres libres de ataduras y dependencias, que no siguen el juego de intereses económicos o ideologías particulares que despersonalizan y desconocen el verdadero sentido y valor del ser humano.

Como egresados amigonianos, hasta el día de hoy contaron con tutores y facilitadores de ambientes y experiencias de aprendizaje, pero a partir de éste instante alcanzan la madurez de lo que significa aprender por sí mismos. Ya no habrá más docentes, evaluaciones, o prácticas sociales. A partir de hoy son gestores de su conocimiento y experiencia. Ya no estarán los maestros con sus exigencias y reclamos, entran a una comunidad que espera de ustedes respuestas a los múltiples interrogantes que interpelan la existencia humana; una comunidad de hombres y mujeres que espera de ustedes nuevos caminos que les ayuden a descubrir alternativas ante los conflictos que a diario los oprimen y afligen.

Es grande el reto, y en muchas ocasiones las fuerzas nos abandonan, pero tengan siempre presente que en su interior, en lo más recóndito de su alma, existe una fuerza capaz de revestirlos de energía y de coraje, de inundarlos de luz y de esperanza, una fuerza capaz de transformar por completo su existencia y configurarlos a imagen y semejanza de Jesús, el Hombre Perfecto. Y cuando en el continuo trasegar de la existencia pierdan el sentido y el horizonte de la vida, recuerden siempre las palabras del Maestro: “Yo soy el camino, la verdad y la vida, quien me sigue no andará perdido”

Que Jesús Buen Pastor, nuestra Tierna Madre la Virgen de los Dolores y que nuestro guía y modelo espiritual y pastoral Fray Luis Amigó y Ferrer los acompañen siempre.

**P. José Wilmar Sánchez Duque**  
**Rector General**